

PRECIO EN MADRID.

Lo mismo en la Administración que en las le-
tradas.)
 Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1. y 15 de cada mes.
 Número suelto 4 cuartos en toda la Península.
 Pago al pedir la suscripción. La corresponden-
 cia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 45 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo
 Administración y Redacción, Huertas 82, prol.

Toda suscripción de provincias hecha por co-
 misionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

Crónica.

Empiezo á creer que va de veras lo de coronar el edificio; verdad es que ni hay edificio ni hay corona; pero el edificio se coronará, no les quepa á ustedes duda. Por fin *La Correspondencia de España*, que todo lo sabe, nos proporcionó el gusto de leer las cartas del general Prim á Espartero y de Espartero á Prim.

Si ellas son tales cuales en el diario noticiero aparecen, redúcense á una pregunta indiscreta del presidente del Consejo de ministros, y á una contestación muy cauta y muy reservada del duque de la Victoria.

Si me fuera lícito hablar de uno y de otro personaje con frases que podrian parecer poco respetuosas, yo diria que su conversacion epistolar se ha reducido á lo siguiente:

Prim.—Oye, compañero, si estos señores constituyentes, como son tan raros, te nombrasen rey, ¿qué harias tú?
Espartero.—Pues mira, amigo mio, yo haria lo que tuviese por conveniente, y eso será lo que á tí no te importa.

Y no se crea que hay exageracion en esto. La carta de Prim solo tenia, á manera de justificante, estas líneas:

«El gobierno no tiene candidatura; pero está en el deber de evitar que alguna fraccion se agite en favor de un candidato que no ha de aceptar.»

Esto es claro, casi tan claro como el último manifiesto de algunos diputados de la minoría republicana. Ese deber del gobierno de evitar que alguna fraccion se agite es tan incontestable como las resoluciones de un Directorio que no quiero nombrar.

En cambio en la carta de Espartero se leen las frases siguientes:

«Un deber de conciencia me obliga á manifestarle respetuosamente que no me seria posible aceptar tan elevado cargo, porque mi salud y mis años no me permitirian desempeñarlo.»

Sabido es que cuando tales renunciaciones se motivan y razonan, hay deseos de iniciar una discusion en la cual pueda dejarse convencer el mismo que renunciaba.
 Dígase, pues, con entera franqueza, si mi traducción al lenguaje vulgar, ramplona y todo como era, no tenia mucho de exacta.

—Subió la Bolsa, dice uno, porque la renuncia de Espartero hizo presumir que era muy probable el triunfo de Montpensier; bajó despues, porque empezaron á correr los absurdos rumores de que continuaria la interinidad.

—Pues no hay tal cosa, replica otro; la Bolsa bajó porque se supo la llegada del duque de Montpensier, y subió porque se recibieron noticias de que Espartero aceptaria.
 —No es eso.
 —Sí es eso.
 —Vd. no lo entiende.
 —Quien no lo entiende es Vd.
 —La subida de los fondos no reconoce otro origen que una noticia importante publicada por *La Correspondencia* del jueves, y que dice así: «Anoche comieron con el regente del reino el Sr. Rivero y su hijo, el Sr. Becerra y su hijo político el Sr. Coronel y Ortiz.» Esto ha hecho comprender las probabilidades de que se concedan las atribuciones al regente, y de ahí la subida de la Bolsa.

Lo he dicho varias veces y ahora lo repito; cada oficio tiene sus quiebras; pero el oficio de rey se pone cada vez peor: vamos, digo á Vd. que es una cosa perdida; no es suficiente ver á tantos ungidos del Señor desparramados por esos mundos como séres vulgares, sin cetro, sin corona, sin manto régio y hasta sin facultades para fusilar á sus vasallos por vía de entretenimiento; no es bastante, repito, recordar estas impiedades; era necesario agregar á ellas lo acaecido en el reino de Portugal.

S. M. portuguesa ¡desdichada majestad! se entregaba al descanso; soldados fieles circuian su palacio; un pueblo amante velaba su sueño, y de pronto, á hora inusitada, se hace anunciar—yo no sé si cumpliendo con todas las prescripciones del ceremonial—el general Saldanha. Yo sé que el rey hubiera podido negarse á recibirle: ni eran horas aquellas de recibir visitas; pero el monarca, bondadoso al fin como todos, prescindió de la etiqueta y vino en conceder una entrevista á su buen súbdito, que tan humildemente se la pedia. Tan humildemente, que habia penetrado á balazos en el edificio.

Y ¡admirable magnanimidad! este gran monarca olvidó el disgusto que naturalmente hubo de producirle al despertarse á deshora é improvisar una recepcion oficial en vez de entregarse á las dulzuras del amor ó á los placeres del descanso, y encargó á Saldanha de formar ministerio.

Este cambio ministerial se ha interpretado como un acto favorable á la union ibérica: yo no sé si esto será una realidad ó una ilusion; lo que puede afirmarse desde luego es que el acontecimiento no puede ménos de contribuir al mayor prestigio y al lustre mayor de las testas coronadas.

La régia longanimidad con nada puede compararse.
 Veán Vds.
 Saldanha penetra á viva fuerza en el palacio real y pide con humildad una entrevista al monarca: este solo hecho, sencillo de suyo, y que hasta podria lla-

marse algo irregular, y un si es no es irrespetuoso, le vale la presidencia del Consejo de ministros.

Así se conduce un rey.
 Tres generales nuestros destruyen varias casas de la poblacion de Gracia, y despues de un sitio en que dieron todos y cada uno pruebas relevantes de su pericia militar y de su habilidad estratégica, se apoderaron de la poblacion, defendida por unos cuantos insurrectos: por todo esto solo han concedido al señor Gaminde, al Sr. Baldrich y al Sr. Figuerola una gran cruz (no para los tres, una á cada uno).
 Así procede un gobierno revolucionario.
 Ahora comparad, comparad, y despues de haber comparado, decidme: ¿cuáles son peores?
 A. Sanchez Perez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

LVIII.

El proyecto de ley referente al procedimiento criminal, á la casacion civil y criminal, y á la gracia de indulto, y el debate á que ha dado motivo, no son materia á propósito para *Gil Blas*.

Nuestro periódico experimenta la misma frialdad que la desierta Cámara de los diputados cuando asuntos semejantes se debaten en su seno; y el proyecto de ley parece un atemperante propinado en tiempo oportuno á la familia española, cuyas violentas pasiones la arrebatan hasta el punto de ofrecer una corona real al duque de la Victoria.

Importa poco que Sorní y Romero Giron se pongan muy graves al tratar del proyecto, mientras la Cámara lee los partes telegráficos; el país en general, que tiene otros quebraderos de cabeza, bosteza de aburrimiento, aunque no se crea por eso que de puro aburrido llegue al extremo de ofrecer corona alguna á D. Antonio de Orleans.

El Sr. Sanchez Ruano habia aludido, como es notorio, á Barcelona.

El Sr. Balaguer, aludido al parecer, le devuelve el pelotazo.

El Sr. Tutau, aludido al parecer tambien, le sacude por su parte, aludiendo de paso á Galicia.

El Sr. Montero Tellinge, aparentemente aludido tambien, dispara contra el Sr. Tutau.

En vista de lo cual deberia reformarse el reglamento de la Cámara, con la adición de un artículo que concediese el uso de la palabra para contestar á alusiones provinciales y circunscriptivas, y así á lo ménos estarian justificadas esas escenas parlamentarias.

¡Lástima que el Sr. Montero Tellinge no hubiese aludido á D. Pelayo, para que todos los diputados por Asturias hubiesen pedido la palabra, y con que cualquiera de éstos hubiese tenido á bien pronunciar la palabra España, se daba por aludida toda la Cámara, y teniamos drama patriótico al por mayor y al por menor.

Al fin satisfecho el celo de los aludidos en su provincia ó region, se trató del asunto, y el Sr. Herrera declaró que era demasuada la autonomia que pedia para los municipios aquel mismo Sr. Sanchez Rua-

no, excomulgado por unitario ahora recientemente en nuestra compañía.

Esto era en martes. Por la noche hubo más casación y más soledad en la cámara.

El miércoles fué día de presentar y desechar enmiendas.

El jueves se desecha una proposición de pensión, y se sabe la primera noticia de lo ocurrido en Portugal.

Sigue el debate sobre el proyecto de ley de ayuntamientos, y se interrumpe con la segunda noticia de Portugal.

Se reanuda el debate, y viene la tercera noticia de Portugal.

Desde entonces ya no hay aguante; en vano se discute la orden del día; todo el mundo sale á los pasillos á preguntar al primero que encuentra: ¿qué hay de Portugal? ¿Es iberista Saldanha? ¿Cuál ha sido su grito? ¿Va á reunir Cortes Constituyentes? ¿Ha huido el rey?

Nadie habla más que de Portugal.

En mi vida he oído á nadie preguntar con animación: ¿qué hay de Montpensier? sino aquel día triste.

Portugal estuvo en los labios de todos los diputados, como yo desearía que estuviera en todos los corazones.

Así, al día siguiente, cuando un diputado salió al encuentro de un camarada suyo diciéndole si sabía que por fin se había dado una serenata á Montpensier, le replicó el otro: ¿Qué nos importa? ¿Qué hay de Portugal?

Lo comprendo y soy cómplice de esa vehemencia: España tiene un gran coronamiento para su obra revolucionaria: ese coronamiento es un abrazo con Portugal.

Roberto Robert.

INDISCRECIONES

(Y ME QUEDO CORTO)

DEL SR. OLÓZAGA.

El día 10 tuvo lugar en París el banquete con que nuestro embajador obsequió al cuerpo diplomático.

Este banquete tuvo por objeto celebrar el triunfo de Napoleón sobre las masas republicanas francesas, que aunque no hacen caso de la doctrina de los pactos, arreglada á la escena española por nuestro amigo Pí, nadie se ha atrevido hasta la presente á decir que son menos republicanos que nosotros.

En Francia suceden cosas muy raras, entre parentesis.

Digo, no, donde suceden esas cosas raras es en España.

Porque solo en España se puede declarar públicamente una doctrina que lleva en su seno el aroma de la separación, con aplauso de los ciudadanos recalcitrantes, que son muchos, confesémoslo con franqueza.

El que en Francia levantase una bandera que pudiera traer algún día la desmembración de la patria, tendría en su contra hasta los guardacantones de los caminos.

Volvamos á nuestro embajador, y cerremos el parentesis.

Como el Sr. Olózaga pasa por ser el diplomático de más peso que ha salido de España é islas adyacentes, hé aquí que los extranjeros se han fijado en las cosas de este hidalgo, y han encontrado en su reciente conducta las siguientes faltas de etiqueta, ó llamemos *indiscreciones*, que es palabra más diplomática:

Primera indiscreción.—Dar el banquete antes que se publicase oficialmente la definitiva derrota, digo, triunfo de Napoleón *tres*.

Porque, señor diplomático, ¿no ve S. E. que lo que hizo equivale á decir al mundo: el emperador *tres* lo tiene tan bien amasado que no hay lugar á dudas?

Más diplomacia, señor mío, más diplomacia, que se nos ven las puntadas del uniforme.

Segunda indiscreción.—Tomar la delantera al banquete que el amo de la casa debía dar á la comisión plebiscitaria.

Y es claro, todo diplomático debe hacer las cosas con arreglo á esa ley jerárquica que, si ridícula algunas veces, otras no es más que el producto de lo que llamamos los patriotas buena educación.

—¡Qué fanfarron es ese hidalgo de Castilla, han dicho los periódicos de París; ni siquiera aguarda á que el amo de la casa le indique el puesto que debe ocupar en esta fiesta!

Tercera indiscreción.—Sabido todo el mundo que España, aunque posee héroes como Cheste, Prim, Gaminde y Caballero de Rodas, es una nación donde no sobra el dinero; convencidos por otra parte de que la modestia sienta siempre bien, parecía lo natural no adelantarse á Inglaterra ni á Austria, si quiera porque no se dijese de nosotros.

Cuarta indiscreción.—Iluminar la fachada hasta el tejado, cosa que ha inspirado á Mr. Girardin la idea de que tenemos más faroles que luces. Y aquí nuestro embajador, al pasar por farolero, arroja sobre nosotros un calificativo que no nos hacia maldita la falta.

La fachada de nuestra embajada da frente por frente al palacio del emperador, y la iluminación parecía decir á S. M. I.:

—Repáre Vd. cómo le adula este su humilde servidor q. b. s. m., y á quien le vendría de perillas el gran cordon de la Legion de Honor.

Nota. El cordon no ha venido todavía, aunque se le espera con impaciencia.

Quinta indiscreción.—Presentarse en el banquete en compañía del consabido borrego.

El bien parecer aconseja que, dando un banquete á un extranjero, el amo de la casa debe lucir la condecoración de aquel país en cuyo honor se pone la librea.

Este género de diplomacia no lo ignora nadie, y solo el amor que profesa á su borrego nuestro olímpico embajador le ha obligado á cometer esta indiscreción.

Sexta indiscreción.—Pero, se nos dirá, si el señor Olózaga no tenía condecoración alguna francesa, ¿qué habia de hacer?

Hombre, lo natural en este caso es no ponerse ninguna, y á fé que seria bien visto, ó elegir la italiana, si juzgaba que los dioses se habian de irritar si no veían algun colgajo en la solapa de su voluminosa librea.

Sétima indiscreción.—Entregar á madame Ollivier la banda de María Luisa.

¿No conoce el Sr. Olózaga que, fundando toda su gloria en ser anti-borbónico, sienta mal en él esa deferencia á una cinta que lleva el nombre de la muy amada señora de Godoy?

¡La banda de María Luisa! Que doña Isabel obsequiase con ella á las señoras de su intimidad, es disculpable, porque entre Borbones andaba el juego.

Pero D. Salustiano cogiendo entre sus manos esa cinta sin quemarse...

¡Cuerno y qué atrevimiento!

Resumiendo: por todas estas indiscreciones, y otras que callamos, condenamos al Sr. Olózaga al tormento de continuar esperando el cordon de la Legion de Honor, para que su amoroso borrego tenga á lo ménos con qué ahorcarse el día de los grandes remordimientos.

Luis Rivera.

LA COMISION.

Apoyado cada uno en su baston récio, provistos de suficiente fiambre, almendras tostadas, queso y la porción potable en la calabacita, trasponen las tapias de Madrid y caminan para la Rioja unos patriotas.

Resplandece la resolución en sus semblantes, y el firme propósito que les anima se revela en el seguro paso y la rectitud de su marcha.

Un presentimiento comun les alienta; sus corazones palpitan movidos de un solo afecto, y sus labios se estremecen de cuando en cuando, murmurando silenciosos un nombre.

¿A dónde vais, hijos del hombre?

¿Quiénes sois vosotros que en este siglo de disipación y en esta época de incipientes calores abandonais la cuasi corte de España, y recorriendo los abrasados campos...

—Somos progresistas.

—¿Radicales?

—Progresistas.

—¿Pero progresistas demócratas?

—No, progresistas.

—Ya: progresistas puros.

—No, progresistas.

—Reconozco la firmeza de vuestras convicciones en la tenacidad con que os apellidais aun con aquel nombre que os fué dado cuando era yo chiquito. También entonces bombardeásteis los edificios en mi tierra; también entonces os repugnaban los derechos individuales. Descubro mi cabeza ante vuestra constancia. Decidme, amigos, así el cielo os guarde, ¿á dónde vais?

—A Logroño.

—¿A Logroño? ¡Nécio de mí! Debía haberlo adivinado. ¿A dónde sino á Logroño puede ir una caravana progresista en estos tiempos? Vosotros sois los encargados de rogar al duque de la Victoria que se sirva hacer posible el artículo 33 de la nueva Constitución...

—Sí.

—Ya sabeis que el duque ha dicho que no quiere aceptarla.

—Lo sabemos todo.

—(No hay duda, son progresistas.) Pero... ¿decís que lo sabeis todo? ¿Hay algo más que saber?

—Sí, sabemos que Logroño nos saludará con júbilo á nuestra entrada; que el duque nos hará un recibimiento familiar y afectuoso; que nos dirá que no acepta la corona.

Nosotros le haremos varias reflexiones; le describiremos con poesía sóbria, frugal, pero nacida del corazón, el estado de toda España, ménos el de Logroño, que él ya conoce; le hablaremos de los peligros del carlismo, de los horrores del republicanismo, de los inconvenientes de la interinidad, y le suplicaremos que nos libre de esas calamidades aceptando el trono, conforme con los deseos de los diputados cuya lista le enseñaremos de nuevo.

El duque nos responderá que si peligrase algun día la patria, que si la libertad corriese peligro, él desnudaría la espada; pero que sacarnos del atolladero no le es posible.

Le confesaremos con toda lealtad que hacer un pronunciamiento en favor suyo para que parezca forzado á venir á Madrid, ya no nos es posible; le volveremos á rogar que se venga á buenas; y él nos replicará por última vez que con honda pena se ve imposibilitado de acceder á nuestros deseos.

Nos despediremos de él con un abrazo, él nos dará muy finas expresiones para el regente y el presidente del Consejo de ministros, á quienes conoce mucho; renovará nuestras provisiones y emprendemos nuestro regreso á Madrid, pudiendo vanagloriarnos de que no nos hemos equivocado en lo que habíamos previsto acerca del éxito de nuestra comisión. Nos quitaremos ó no nos quitaremos el polvo, nos dirigiremos á dar cuenta de lo ocurrido á la Tertulia, que maldito lo que esto le importa, y descansaremos de las fatigas del viaje.

—Os doy mil gracias por vuestra condescendencia en enterarme de todo sin conocerme.

—Nosotros siempre somos progresistas.

—Pero ya que sabeis lo que ha de suceder, ¿por qué no suprimís el viaje?

—Hombre... Ahora se me ocurre. Compañeros, ya que es inútil la molestia que nos vamos á tomar...

—¡Cómo se entiende! ¡Molestia ver al duque!

—Teneis razon: en primer lugar, no es molestia: es placer inmenso; y en segundo lugar, lo hemos prometido.

—Es verdad, lo hemos prometido. ¡A Logroño!

—¡A Logroño!

—Id en paz y volved con la grata satisfacción de no haberos equivocado.

Si acertais y no viene el duque, todos podremos alegrarnos.

Roberto Robert.

EL PAÍS DEL ORO.

¿Quién no ha visto pegado con engrudo en todas las esquinas de Madrid esos inmensos carteles con esta leyenda seductora, *El país del oro*?

Y habrá sucedido á muchos preguntar: «¿qué país será ese?» Pues de seguro no lo han adivinado; sin embargo, la cosa puede adivinarse fácilmente, y por eso mismo, tal vez, hay pocos que caigan en ello; lo sencillo tiene siempre en su misma sencillez su mayor dificultad.

Oyendo hablar del país del oro, uno habrá pensa-



LA VUELTA DEL DESTERRADO.

do en América, otro en el sol; quién habrá recordado aquello de

«esos árboles gigantes que parecen arrogantes las nubes desafiarse;»

cuál otro entenderá que se trata de un pueblo salvaje, por eso de que para ciertos pensadores la *edad de oro* fué aquella primitiva en que eran desconocidas las palabras tuyo y mio.

Pero á estos y á los otros y á todos, aun á los menos aficionados al *vil metal*, les habrá dado en qué entender ese país del oro, y el que más y el que menos, el filósofo profundo como el ignorante más romano, hubiera contestado á la pregunta:

—¿Te gustaría ir allá?
—Tendría mucho placer.

Y Vds. perdonen estas reminiscencias poéticas, pues para el asunto de que trato, nada más á propósito que los versos de Camprodon.

Pues bien: aquí reclamo toda la atención de mis lectores. Nada más hacedero para nosotros que visitar el país del oro.

Con querer solamente tenemos lo necesario para emprender el viaje, y ni tiempo ni dinero ha de costarnos: como que ya estamos en él: ¿hay quien lo dude? Pues no tiene razón; el país del oro es España.

No lo digo por la menuda arena del undoso Tajo, ni por la aurífera corriente del poético Miño, ni por el Darro de fértiles riberas, no; el oro que de unos y otros rios puede extraerse, poco es en cantidad y laboriosas tareas exige. El oro de que hablo procede de inagotables manantiales, cuyo origen es desconocido, pero que hace años nos inunda: y es inexplicable, en verdad, cómo á la hora esta no estamos todos nadando en áureos mares.

Aquí, en épocas distintas, han venido el oro inglés, el oro francés, el oro italiano. Ahora mismo precipitábase por todas partes impetuosos torrentes de oro anglo-americano, y de oro filibustero, y de oro ne-

grero, y no digo nada del oro de la reacción, cuya abundancia hace concebir serios temores de que antes de poco tiempo cada español esté convertido en un rey Midas, con orejas y todo.

Pues qué, ¿no ha llegado á Vds. ese oro?
¡Desventurados! Entonces son Vds. la única excepción de la regla.

Centenares, miles de personajes andan por ahí con el oro en la maleta, consagrándose exclusivamente á la tarea de comprar hombres: el que pretenda venderse, no tiene precisión de buscarlos, ellos van á buscarle á casa.

Las condiciones de la venta son sencillísimas, es natural: cuando el comprador lo es por gusto, las transacciones se hacen muy pronto.

Llega el portador del oro, con las alforjas llenas del metal (en barras ó acuñado, á gusto del consumidor), y le dice:

—Amigo mio, ¿quiere Vd. seis mil duros, diez mil duros, cuarenta mil duros?

—¿Qué significa esto? pregunta el interesado.

—Significa que traigo el oro de la reacción.

—Pero...

—Nada de peros: tengo empeño en que Vd. se quede con una parte de este oro; hágame Vd. ese favor, hombre, no sea Vd. desagradecido.

—Pero...

—¿Otro pero?

—¿Qué debo yo hacer para?...

—Pues, hombre, nada, tomarlo. Despues se declara Vd. partidario de la solución que mejor le parezca.

—¿Vd. sabe que soy partidario de Espartero?

—Pues le compro á Vd. en nombre de esa candidatura.

—Huya Vd. de aquí, miserable; yo defiendo á Montpensier, y solo quería conocer sus viles intenciones...

—¡Oh! perfectamente; entonces le compro á Vd. en nombre de Montpensier.

—¿Esto más? ¡Qué escándalo! No, yo no soy monár-

quico, odio la monarquía; solamente aceptaré, contra mi gusto, pero por patriotismo, un rey que consiguiera realizar la union ibérica.

—¡Albricias, entonces, albricias! Justamente traigo una partida de oro portugués para los que opinan de ese modo.

—¿Está Vd. burlándose? Acabemos; yo soy republicano.

—Eso ya varía: ¿con que republicano? ¿Y con quién está Vd., con la prensa ó con el Directorio?

—Yo, con la prensa.

—Entonces aquí tengo oro de la reacción y del gobierno para pagar á Vd. ese servicio.

—Estoy con el Directorio.

—Bien, bien, mejor todavía; el arreglo es ahora más sencillo; los partidarios de la restauracion y los carlistas me encargan de pagar esas adhesiones á peso de oro: aquí traigo.

—¿Quiere Vd. dejarme en paz? No soy español.

—¿No? ¡Qué demonio! Pero Vd. opinará algo en alguna cosa. Aquí tengo para pagar todas las opiniones. ¿Cómo juzga Vd. lo de Cuba? Si es Vd. partidario de los insurrectos, aquí traigo oro filibustero; si es Vd. amigo del partido peninsular, aquí tengo oro de los poseedores de esclavos.

—¿Perono hay medio de rehusar?

—Ninguno. Si es Vd. orador, porque habla; si no habla Vd., porque guarda silencio; si escribe, por escribir; si no escribe, por no hacerlo; si se adhiere á esto; si se adhiere á lo otro; si aplaude; si es acre en sus palabras, yo lo pago todo, yo lo compro todo.

¿Pero á qué me canso en referir lo que todos ustedes saben?

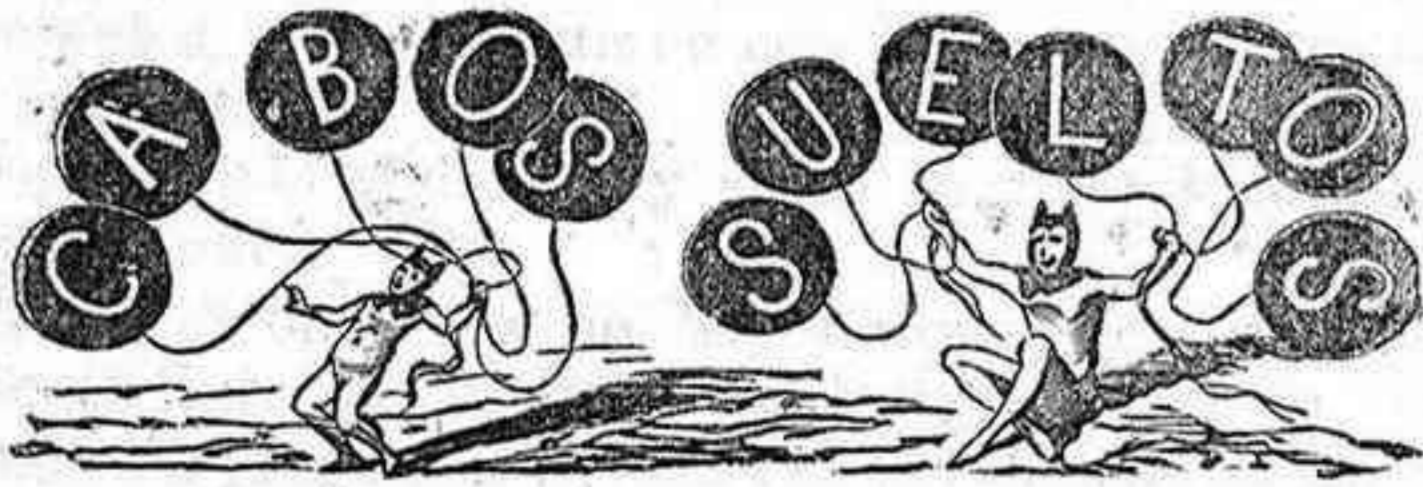
Pues qué, ¿existe á estas horas un solo español que no se haya vendido?

Pregúntese á los clubs, comités, casinos, juventudes y ancianidades, que solo de *ventas*, de *compras*, de traiciones hablan todos los días, y que solo esta explicacion digna hallan para juzgar la conducta de los hombres públicos.

Ahora bien; como para que uno se venda es necesario que otro le compre, siendo innumerables los vendidos, dedúcese que serán infinitos los compradores.

Creo haber demostrado á Vds. que España es el verdadero país del oro.

A Sanchez Perez.



Dice *El País*:

«Si en Cádiz no se dieron afirmaciones, es porque al país corresponde decidir de sus destinos.»

Es verdad, por eso el país ha decidido que no es posible ningún rey.

¿Hay alguno que tenga mayoría?

Luego *El País* es el primero que debe respetar las decisiones del país.

El general Prim sigue consultando á la Cámara por grupitos.

¡Qué dulce entretenimiento!

Esto es lo mismo que consultar con los convidados á una fiesta que clase de platos les agradan más... para dejarlos luego sin comer.

La Correspondencia de España, que consagra sus folletines á la publicación de novelas traducidas del francés, ha publicado últimamente una muy curiosa que lleva por título *El rey de la revolución*.

Cuiden Vds. de no confundir este rey con *El rey del mundo*, ni *El rey de los bandidos*, ni *El rey de Ivetot*, ni *El rey Lear*, ni *El rey maldito*, obras todas más ó menos notables, pero que no se parecen en nada á otro rey, que es el rey del folletín de *La Correspondencia*.

Cantares.

Cinco señoritos puros
caminan para Logroño;
en busca van de un monarca
y traerán pimientos rojos.

Enfrente del sol naciente
Montpensier tiene un balcón;
sale el sol, no sale el rey;
sale el rey, no sale el sol.

Candidato de mi vida
que vas buscando un dosel,
no vayas á Portugal
que allí también dan mulé.

A las puertas del regente
cantaban esta canción:
—Está usted haciendo el oso,
serenísimo señor.

En Portugal hay un obispo liberal; el obispo de Viseo.

No podemos nosotros decir otro tanto.

Desde que el *Boletín republicano separatista de Gerona* dijo que medio siglo de atropellos y calamidades llovidos desde Madrid no han apagado el fuego de *independencia* en su corazón, voy creyendo que el nombre de republicano tapa algo en algunas provincias.

¡Medio siglo de atropellos!

Justamente desde que hay régimen liberal.

De modo que en tiempos del absolutismo serían bendiciones las que llovían desde Madrid.

Amable lector, meditemos, porque hay motivo para escamarse.

Hé aquí las bases y derechos que abonarán á la Plaza de Toros los que deseen el encajonamiento y transporte á provincias.

Será de cuenta de los interesados los cajones y carros, así como el pienso para el ganado y demás servicio fuera de la plaza.

Los derechos y emolumentos que abonarán serán 500 rs. por encajonar de uno á ocho toros.

La Mentira. «¡En Avila se han cerrado muchísimas escuelas! ¡Gobierno central, por piedad, vuelve á apoderarte de la instrucción!»

La Iberia. «¡En Avila se han cerrado muchísimas escuelas! Traslado á los defensores de la absoluta autonomía de las localidades.»

La Estabística. «En Avila no se ha cerrado ninguna escuela.»

Gil Blas. Traslado á *La Iberia*.

¿Ha leído Vd. la novela de Antonio Ribot, *El Quemadero de la Cruz*? Vea Vd. allí dramatizado artísticamente todo lo que pertenece al arte de martirizar al pobre español so pretexto de piedad religiosa. Lea usted allí lo que era aquella España de frailes, exorcistas, endemoniados, intrigas sotanescas, plebe estúpida, rey supersticioso, nobleza degenerada y fanatismo triunfante.

Y luego compare Vd. las escenas de la novela de Ribot y Fontseré con lo ocurrido recientemente en Manresa, donde se ha tratado de desendiarlar á una mujer en la iglesia por medio de los exorcismos, y se ha tenido que renunciar á la operación porque con las risas de la muchedumbre fué imposible llevar á cabo el intento.

El diablo continúa en plena posesión de la víctima.

A Luis Bonaparte se le ha victoreado en Paris por el golpe de Estado.

Al general Gaminde se le ha dado la gran cruz del Mérito por lo de Gracia.

Al general Montpensier le han dado una serenata por su desgracia.

El obrar bien siempre encuentra recompensa.

Dice *El Gaulois* que la primera persona á quien Napoleon tres comunicó el resultado del plebiscito fué á doña Isabel.

Soyons galants avec les dames.

Pero es el caso que mientras Napoleon se acordaba de doña Isabel, D. Salustiano iluminaba la fachada.

Convengamos en que nuestro embajador es muy farolero.

Un diario de noticias nos da las siguientes:

- 1.º El regente estuvo en Aranjuez el juéves.
(¡Hombre, hombre!)
- 2.º El Sr. Moret almorzó el miércoles con el regente.
(¡Hola, hola!)
- 3.º El regente comió el miércoles con Coronel y Ortiz.
(¡Caramba, esto ya es grave!)

Continuación de los apuntes de Alejandro Dumas.

Madrid 15 de mayo.

Es menester ir á San Isidro para convencerse de lo que come un pueblo católico.

San Isidro es la romería más popular de Madrid, y desde los reyes godos asisten á ella los vivos y los muertos; porque estos últimos, con una coquetería admirable, están representados en un magnífico cementerio en forma de biblioteca, donde cada cadáver hace vez de libro. Los pueblos tienen maneras singulares de dar lecciones al mundo.

Las mujeres viudas que van á San Isidro están obligadas á sacar del nicho un cadáver y comer con él una ensalada y una chuleta en una fonda que lleva este título: *Remember*.

La aristocracia no va hasta las diez de la noche. Los hidalgos se meten en el río que corre al pié de la ermita, y las doncellas se acercan dando saltos en la oscuridad hasta la orilla: la que es cogida por uno de ellos queda obligada á casarse con él.

Una anécdota á este propósito:

En tiempo de D. Sancho García, un joven fosforero se deslizó entre los nobles, y se metió en el río: como el traje de nuestro padre Adán iguala á los hombres, al parecer, una hija del primer ministro se acercó á la orilla y fué cogida por el fosforero. Era indispensable el casamiento. La familia gritó, se echó á los piés del rey, rezó al santo; todo inútil. Las tradiciones son sagradas en estos pueblos reli-

giosos, y el fosforero se casó con la gran señora. Lo particular es que hoy hay muchos descendientes de aquella familia, y todos llevan señalado el vientre con una caja de fósforos. He visto uno de ellos en casa de la condesa de Montijo.

(Se continuará.)

Ya saben Vds. que nuestros vecinos los portugueses se han levantado en armas contra el gobierno. En Portugal puede decirse ya que el trono secular pasa á la categoría de cachivache de antaño.

Otra hornada de reyes cesantes se divisa en lontananza.

¡Toma monarquía, hijo mio, toma monarquía!

Nuestro querido amigo Andrés Mellado, director que fué de *La Igualdad*, ha salido para Málaga.

Lo mismo cuando dirigía *La Igualdad* que hoy que la abandona, creemos que Mellado es uno de los jóvenes que con más entusiasmo y talento trabajan en la defensa de la doctrina republicana.

¡Una serenata á Montpensier, dada por la música de los voluntarios de la libertad!

¡Que me desmayo, caballeros!

Una serenata á... ¡si no puede ser!

Una serenata por los... ¡calle Vd., hombre, calle usted!

Así fué que apenas los pobres músicos empezaron á meter ruido acudieron los voluntarios y los obligaron á ir con la música á otra parte.

¡Vamos, que al demonio se le ocurre ir á contratar músicos nacionales!

Le digo á Vd. que es mucho cuento.

Hemos leído el manifiesto que dirige nuestro amigo Sanchez Rubio á los electores republicanos de la circunscripción rural de Madrid.

En él se encuentra claramente expuesta la doctrina republicana que todos defendemos, y ya que el partido ha acordado con tanta justicia presentar candidato al Sr. Sanchez Rubio, esperamos que todos vendrán á las urnas á depositar sus sufragios en favor de uno de los distinguidos campeones de la república.

En el Directorio.

—Mire Vd., compañero; se quejan muchos republicanos de que no entienden bien nuestro manifiesto.

—¿Pero se han adherido ya?

—Sí señor.

—¿Y no lo entienden? Entonces son nuestros para siempre.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: ¡Barbaro!

CHARADA.

Hay muchos que miran bien,
otros en *prima* y *segunda*...
Y como no está la España
para sufrir á los curas,
ellos, obispos y el *terso*,
si no se quedan á oscuras,
se quedarán con el *todo*
cuando venga la república.

(La solución en el número próximo.)

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANIA ESPAÑOLA.

GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR EN MADRID,

BARRIO DE POZAS (paseo de Areneros, 8.)

Esta fábrica, que en el mes de Noviembre del año pasado quedó destruida por un incendio, ha sido reconstruida de nueva planta con todos los adelantos introducidos últimamente en este importante ramo de la industria. Los riquísimos productos de la COMPANIA se distinguen por la superioridad de clase y perfecta elaboración. Se expenden en casi todos los establecimientos de comestibles de Madrid, y en las principales poblaciones de la Península.
El público puede visitar libremente el establecimiento.

SALA DE ARMAS DE MR. BROUTIN.

Calle de Carretas, núm. 27.

Lección diaria de florete y sable.—Tiro de pistola de salón.—Las personas que lo deseen podrán recibir la lección á domicilio.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.